

La Llegada del "Elcano"

A bordo del «Unión» partió la caravana. Plenos de entusiasmos, y animados de un desco común, salimos del muelle de Magallanes al encuentro de los mensajeros de la Patria amada. El cariño y la emoción viajaban del brazo. Todos querían manifestar a la «soberbia Matrona», que cantó el poeta; ese grandioso amor agigantado por la ausencia.

Un sol canicular abrasaba los semblantes. La música hablaba al corazón. El corazón estremecido latía con violencia. El «Unión» avanzaba lentamente. Los ojos ansiosos por divisar ese pedazo de España que viene a nosotros tñdñfanse, inquietos, sobre la plácida calma de este mar que hoy aprisiona en sus aguas la nave mensajera. La capacidad del «Unión» pequeña para la vista. El mar, con galas de calma, discurría mansamente. Esa calma era un tributo a nuestros marinos. Nuestro barco tremolando la bandera simbólica seguía avanzando...

Al fin, en las inmediaciones de Corregidor, un punto blanco delató la presencia del buque esperado. Los ojos humedecieron por la emoción. Atronaba el espacio en la inmensidad la música con canciones españolas. Aquel punto blanco, ensanchándose poco a poco, permitió abarcar el «Juan Sebastián Elcano» en toda su extensión.

Adolfo García facilitó al cronista sus gemelos, y éste pudo ver, airoso, esbelto, elegante, gallardo, al Buque-escuela. Su velocidad parecía un estremecimiento. La emoción que palpitaba en su seno parecía acortar su marcha... Y el «Unión» acercóse poco a poco.

Cuando la distancia no llegaba a un tiro de ballesta nuestra banda tocó el Himno nacional español, el cual fué escuchado por nuestros visitantes, rígidos, con la mano en la sien en señal de respeto.

Las monerías que nos acompañaban enfocaban sus miradas por los potentes cristales, ávidas de conocer a estos huéspedes fugaces. ¡Estos huéspedes que vienen y marchan para no volver! Palpitaban sus bustos de emoción: teñíanse sus rostros de subido carmín. Sus labios enmudecían y la música animaba los corazones que latían violentamente.

Vivas, pañuelos en el aire, ojos humedecidos, lágrimas que se evaporan, entusiasmo inenarrable... El sol recordando al arquero de las Termópilas plantóse en seco rindiendo así un tribu-

to de admiración y respeto a la madre augusta que en estas tierras lo dió a conocer...

Iba el «Unión» dando la derecha al recién venido, y éste, adelantándose, nos cedió el puesto de honor. Al cruzar ante nosotros pudimos ver emocionados que, emproada en el barco, viene la noble España, la España augusta a la cual cielo y tierra ofrendaron sus respetos. ¡Magnífico espectáculo en el cual hasta los elementos quisieron participar...! Difuminabase Manla en la lejanía. El sol volvió a abrasarnos, pero ni el ánimo decayó, ni la emoción bajó de punto. Los elogios a nuestra nave eran unánimes; su belleza era alabada en general. Ambiciosos por devorarlo dolíamos de que las velas no fuesen el medio de locomoción.

Las cámaras fotográficas no descansaban. De frente y de costado; de proa y de popa fué enfocado infinitas veces por el objetivo. Este hablará con más elocuencia que la pluma ramplona del cronista.

La Santa Bárbara atronó el espacio con las salvas de ordenanza. Hendió el aire el Himno americano. Manila a la vista y la nave española—escortada por las gasolineras que fueron a rendir oficialmente sus respetos, y el «Unión» cerrando la marcha—fondeó a las doce en la maravillosa bahía...

Servidos espléndidamente los excursionistas, fueron obsequiados por la Compañía General de Tebacos con vinos y licores, emparadados y cerveza. Un gran número de empleados formó en la expedición y con carácter oficial pudo ver el cronista al Presidente de la «Peña Iberica» don Leopoldo Gutiérrez, en unión de los Sres. Duarte y Sierra, en representación de la Directiva de aquella pujante sociedad.

Caras bonitas; juventud jaranera; semblantes contraídos por la emoción; pechos que laten violentos; ojos que arañan y labios rojos que repiten con Becquer:

«La tierra se estremeció alborozada
Oigo flotando en olas de armonía
Rumor, de besos y batir de alas.
Mis párpados se cierran. ¿Qué sucede?
Es el amor que pasa...»

VICENTE BLANCO.

Manila, 3 diciembre, 1930.